

sion, dijo Madama de la Valliere, él venia á buscarme en persona (1)... Al concluir estas palabras, abrió la carta con una mano trémula: en ella exprimia Luis una ternura, que era imposible rehusar á tan atractivas cualidades: le rogaba encarecidamente á la Duquesa que volviese: le protestaba, que no podia ser feliz sin ella. Este tono era el de una sincéra amistad; pero no ya el del amor. Madama de la Valliere puso la carta sobre una mesa, y bajando los ojos guardó un profundo silencio. El Príncipe tomó de nuevo la palabra; le habia profesado siempre amistad, y le dió consejos muy semejantes á los que habia ella recibido de Benserade. Le habló de ambicion; ella no le escuchó; pero despues de haber reflexionado algun tiempo, vamos, dijo; él me llama: yo dejé este asilo, antes, por seguirlo; no quiero hoy rehusar á la amistad, lo que tuve la debilidad de conceder al amor. Diciendo estas palabras se levantó suspirando, y apoyandose sobre el brazo del gran Condé, salió con él: en la puerta del convento abrazó á las religiosas llorando: no es esta una última despedida, les dice, segura-

(1) Sus propias palabras.

mente volveré, y acaso bien presto [1].... Montó al coche con el Príncipe, y tomaron á toda prisa el camino de Versalles.

Durante la corta ausencia de madama de la Valliere, habian sucedido muchas intrigas en la córte. El Rey no pudo leer su carta sin enternecerse, y sin remordimientos; con cuyo motivo tuvo una explicacion con madama de Montespan, quien le sostuvo, que el suceso habia sido obra del acaso: el Rey manifestó creerlo, pero dudó de ello; y, á pesar de los esfuerzos ó insinuaciones de madama de Montespan, quiso sostenerse y volver á llamar á la Duquesa. Madama de Montespan habia previsto el retiro de su rival, y se lisongeaba, que dando este paso, el Rey se alegraria, en lo interior de su alma, de verse desprendido de una muger á quien ya no amaba; porque ella no creía, que una tierna amistad pudiese suceder á un amor extinguido. Los corazones malos, á pesar de la finura del espíritu, hacen falsos cálculos. La elevacion de sentimientos es causa muchas veces de nobles errores; mas, tambien, en otras ocasiones, la sola grandeza de alma es una luz; se

(\*) Histórico.

necesitaba de ella para juzgar bien á Luis XIV.

Madama de Montespan tuvo todavia que sufrir un pesar, que le fué enteramente imprevisto. La Duquesa tenia pocos enemigos, y menos partidarios: no obstante, el ruido de su desgracia parecia inspirar un sentimiento general muy favorable á ella. No la envidiaban ya; habia partido; se creía que no volveria jamás. En la córte, un destierro perpetuo produce los mismos efectos que la muerte. Entonces cada uno da una triste ojeada sobre sí mismo secretamente, y la fragilidad del favor causa á los mas intrépidos una suerte de espanto!... La desgracia de madama de la Valliere hizo odiosa á su rival, y brillar mas su dulzura, su bondad y su desinterés: cada uno temia el carácter de madama de Montespan; conocian que no debia fiarse de quien habia derribado y sacrificado á su amiga, con tanta audácia como dureza: el interés personal y la compasion, se unieron á la justicia: los amigos mismos de madama de Montespan manifestaron admiracion, la que en tal caso era desaprobar su conducta. Deseaban que ella fuese preferida á su rival; pero tanta violencia, tanta prontitud horrorizó; porque todo el mundo, desde luego, supuso que la Duquesa habia

recibido orden de alejarse. El código moral de los cortesanos permite bien procurar la pérdida de aquellos á quienes se teme; pero prescribe ciertas formas, ciertos manejos indispensables para no incurrir en el vituperio universal. La córte es el lugar del mundo donde hay menos escrúpulo sobre el fondo de las acciones, pero mas delicadeza sobre las apariencias; las costumbres, bajo todos los aspectos, parecerian allí mejores que en cualquiera otra parte, si el secreto de los negocios pudiera siempre guardarse: cuando uno no recibe ninguna confianza, rara vez desaprueba lo que ve ó oye; pero se admira continuamente de lo que descubre en la córte.

Una nueva favorita, que no puede aspirar á la consideracion que da el aprecio, tiene contra sí cuasi á todos los que nada esperan de su crédito; así los que jamás habian tenido conexion con ninguna de las dos favoritas, declamaron contra madama de Montespan; los unos por verdadera indignacion, y los otros por acreditar rectitud y sensibilidad. Se sabe por experiencia, que en el mundo, vituperar con energía las malas acciones de otros, es una de las maneras que cuesta menos, y acierta mas para hacerse valer.

Madama de Montespan, tan asustada como sorprendida de este desenlace, tomó el partido, aunque con sentimiento, de publicar, que la Duquesa había partido voluntariamente; que el Rey la extrañaba, y la hacía llamar. Era muy duro para una persona tan vana y tan ambiciosa, verse forzada á debilitar ella misma la opinion que se había formado de su valimiento; pero su amor propio no podía tolerar el clamor universal: ella sostuvo á sus amigos, y aun al Rey mismo, que amaba siempre á madama de la Valliere; que la vería con gusto, y que deseaba tuviese el Rey por ella los cuidados y respetos de la amistad. Al efecto compuso frases ingeniosas sobre la amistad, y el poder invencible del amor: persuadió al Rey, seduciéndole; no solamente escusó su traicion, sino que encontró en él sentimientos compasivos y generosos.

A penas madama de la Valliere llegó á Versailles, cuando Luis corrió á su casa: la ternura que experimentó al verla, lo preservó del embarazo que debía haber tenido; y así no hubo explicacion; el Rey la estrechó fuertemente en sus brazos, vertió sinceras lágrimas, le pintó con la mas verdadera sensibilidad el pesar que

había tenido, y antes de despedirse fué á buscar á su hija, se puso de rodillas con esta encantadora criatura diciéndole: *No nos abandoneis mas...* No se necesitaba tanto para satisfacer un corazon tan tierno. No pudiendo engañarse madama de la Valliere sobre la inconstancia del Rey, creía que él se equivocaba acerca de sus propios sentimientos, que estaba arrastrado, seducido, y que él volvería á ella enteramente. Esta ilusion disipó, como por encanto, su dolor, y la indemnizó de cuanto había sufrido.

Como ninguno había aprobado su aparente desgracia, cada uno quiso hacerse honor con un sentimiento autorizado por la conducta del Rey: las mismas personas pesarosas de su vuelta creyeron debían sostener la opinion que imprudentemente habían mostrado: los enemigos esperaban una reconciliacion, y la deseaban; por que temieron, que madama de Montespan perdería todo su imperio, si era verdad que ella no había contribuido á la separacion de la Duquesa: por otra parte, la conocian bastante para no dudar, que había hecho vanos esfuerzos á fin de impedir su vuelta. Supusieron que la Duquesa, ilustrada por la experiencia, rompería de un modo ruidoso con su rival, y trataría de to-

mar un ascendiente, que la preservase para lo futuro de toda suerte de reveses. Estas ideas le revivieron todos sus amigos, prometiendose darle buenos consejos, y esperando que ella tendría mas docilidad para seguirlos: todos los indiferentes, que se habian declarado en su favor al tiempo de su evasion, se imaginaron haber adquirido derecho á su reconocimiento. Repetian ya en alta voz lo que se habia dicho al oído solamente, ó en conversaciones particulares: se podia, sin bajeza, mostrar una especie de entusiasmo por la favorita, cuya desgracia poco há se habia compadecido. Todo el mundo se arrojó á su casa con precipitacion; hasta Madama envió á saber de ella; sus amigos volvieron á ofrecerse á sus pies; y todos tomaron, en union de los demas cortesanos, el aire importante y misterioso que habian abandonado hace algun tiempo: en fin, el triunfo fué completo. Madama de Montespan, con el corazon envenenado, pero arrastrado, por decirlo así, de la multitud, se presentó tambien en casa de la Duquesa; mas se quedó en la puerta y no entró. Para colmo de su pesar, conoció que el brillante recibimiento que se hacia á la Duquesa, producía una viva impresion en el espíritu

del Rey: sabia, que él habia dicho muchas veces estaba muy complacido de que se hiciera justicia á madama de la Valliere, y que veía con gusto por el interés que se le manifestaba en esta ocasion, que secretamente siempre habian tenido por ella la estimacion que tan dignamente inspiraba. Circundada de tantos motivos de temor y de despecho, madama de Montespan, dominada por la cólera y por el resentimiento, hizo muchas imprudencias: ella era de aquellas personas que tienen un arte extremado para manejarse, cuando están animadas y sostenidas por la fortuna, ó, al menos, por una viva esperanza; pero que en los reveses no pueden vencer los movimientos de un humor imperioso, y muestran entonces una indomable altanería. Madama de Montespan hizo sangrientos epigramas contra todos los que abiertamente se declararon por su rival. Se quejó de sus amigos, perdió muchos de ellos, resfrió á todos, y se crió enemigos irreconciliables: pasó cuatro ó cinco días en las mas crueles ansiedades: despues de muchas reflexiones, tomó un partido singular, y fué el de hablar al Rey con una suerte de franqueza sobre su situacion: púsole por obra, diciéndole: que madama de la Va-

liere, rehusando verla, le hacia un agravio irreparable en la opinion pública: que se le habia perdonado una rivalidad, á quien servia de escusa la mas imperiosa de las pasiones; pero que el patente resentimiento de la Duquesa, hacia creer, que era culpable de perfidias inauditas contra ella: que muchas gentes pensaban que la habia hecho desterrar, y que despues el Rey se habia arrepentido de semejante rigor: que no podian atribuirse sino á esta falsa idea (injuriosa al Rey mismo) todas las demostraciones de interés que acababan de prodigarle; y que para hacer cesar esos rumores calumniosos, debia el Rey exigir de la Duquesa que volviese á ver á una muger que jamás habia dejado de amarla, y cuya única falta era no haberse podido defender de un sentimiento, al cual ella misma habia cedido. El Rey se compadeció de esta explicacion: amaba todo lo que se parecia á la sinceridad; no obstante, le pareció extraña la proposicion de forzar á la Duquesa á que recibiese á su rival, y la combatio. Madama de Montespan le respondió, que en otro tiempo habia exigido de Madama cuasi lo mismo, ácia madama de la Valliere. En fin, insistió con fuerza, suplico con instancia, lloró,

amenazó de dejar la corte.... El Rey estaba enamorado; y despues de mucha resistencia, le dió su palabra de hacer lo que deseaba. No atreviéndose á aventurar tal proposicion de viva voz, escribió á la Duquesa, haciendole esta demanda con expresiones muy tiernas, y al mismo tiempo con un tono de autoridad muy marcada. Cuando madama de la Valliere recibió este billete, estaba sola con Benserade; su sorpresa igualó á su pesar. Benserade, informado por ella, le aconsejó, sin titubear, que rehusase francamente tal pretension: *pero él lo quiere*, respondió ella gimiendo. No, replicó Benserade, el Rey es justo; aprobará vuestra negativa; estimará vuestra resistencia; y, últimamente, ya es tiempo de mostrar caracter....—Ah! Benserade, cuando se ha tenido la debilidad de hacer traicion á sus principios, ¿no será una falta mas, tener firmeza en una ocasion, que se puede prescindir de ellos sin crimen?—Vos no debéis admitir mas en vuestra sociedad una muger peligrosa y pérfida, que os ha hecho traicion con indignidad: vuestra desavenencia con ella la deshonra; si la volveis á ver, la justificareis á los ojos del mundo sobre los puntos

mas esenciales; perdereis este ascendiente de consideracion que acabais de adquirir sobre el Rey; y sereis acusada, justamente, de una debilidad inexcusable; quitareis el entusiasmo, y toda especie de zelo á vuestros nuevos partidarios; vuestros antiguos enemigos, dulcificados y desarmados ahora, tomarán contra vos armas mas peligrosas que las del odio; no os harán ya el honor de atacaros con violencia; no mostrarán sino un frio desprecio, y una insultante burla; no os perseguirán ya con arrebatamiento, y os anonadarán por el ridiculo. Todos los que se han unido á vos, solo por ambicion, se separarán tambien, y por esta vez, para no volver mas. Solo el duque de Longueville y yo, os quedaremos; y no os ofreceremos mas que una amistad estéril, que no podrá seros útil, ni preservaros de los amargos y superfluos sentimientos que entonces tendreis seguramente. Conosco la fuerza de vuestras razones, replicó la Duquesa suspirando; pero, mi amado Benserade, quereis absolutamente hacerme representar un papel importante, y yo no soy capaz de él: yo habria podido, como otra cualquiera, aprovechar, para hacer bien, un fa-

vor legitimamente adquirido; mas, en mi situacion, toda idea de ambicion me horroriza; mi nombre desgraciado se colocará sin duda, en la lista ignominiosa de las damas de los Reyes.... Sin embargo, mi único consuelo es pensar que, al menos, la equitativa historia me distinguirá, por un caracter particular, de estas mugeres ambiciosas; que no me confundirá con mi rival; y que en mi desvio solo se acusará el amor. Así, aun cuando rehusase volver á ver á madama de Montespan, no por eso tomara mas crédito, ni perderia menos la benevolencia de los intrigantes y los ambiciosos; porque estoy irrevocablemente decidida á no mezclarme jamás en los negocios, y vivir siempre en la soledad. Al menos, dijo Benserade, no degradeis vuestro caracter por una cobarde complacencia.—¿Qué se puede rehusar á aquel á quien se ha sacrificado su honor?—¿Por qué exponeros á las mas extrañas humillaciones?—Ay de mí! todas las merezco. Por otra parte, mi amigo, si el Rey no está compadecido de mi sumision, si abusa de ella, mi retiro está marcado, iré para siempre á encerrarme; pero estoy persuadida, que él quiere solamente reciba yo una vez

a madama de Montespan, á fin de cerrar la boca á los que pretenden, que no contenta con haberme usurpado el corazon del Rey, hizo desterrarme, y se ha opuesto á mi vuelta.—Yo creo esta última acusacion muy fundada....—Y yo estoy ahora cierta de lo contrario....—Cómo!....—El Rey me da su palabra que ella jamás le ha hablado de mí sino con estimacion y ternura....—Ternura!—Sin duda era una afectacion; pero que debe probar, que ella no ha hecho las maldades que se le atribuyen.—Admiro vuestra credulidad!....—No, yo conosco hoy á madama de Montespan; me ha hecho mucho mal, para que pueda juzgarla con indulgencia; sin embargo, no debo reusar justificarla de las faltas imaginarias que se le imputan; y en fin, ya os lo he dicho, él lo quiere!.... Ah! exclamó Benserade, á pesar de vuestro talento, y vuestras razones todas, no podeis jamás, con semejante caracter, evitar caer en los lazos de los malos; habeis nacido para ser su víctima!

No obstante esta conversacion, y la suma repugnancia que madama de la Valliere tenia por recibir en su casa á madama de Mon-

tespan, escribió al Rey la respuesta siguiente.

„Me seria imposible, aun para restaurar vuestro corazon, hacer ó decir una falsedad; así no os disimularé, que jamás puedo creer en la sinceridad de una persona que ha hecho traicion á la confianza y la amistad, con tantos artificios y crueldad; mas me sacrificaré por satisfaceros. Consiento en obedeceros, recibiendo á madama de Montespan.”

Aquella misma tarde fué madama de Montespan á casa de la Duquesa: hizo una especie de escena sentimental; la abrazó muchas veces, y lloró mucho. Madama de la Valliere estuvo fria y silenciosa; no podia ser la burla de estas demostraciones; sin embargo, una suerte de pudor la contuvo de recibirlas con desprecio: las encontraba tan viles, que no se atrevia á manifestar, que conocia toda la falsedad de ellas. Hay cosas que dan vergüenza de significar que se descubren; parece que percibir las ó adivinarlas es una mancha. Esta delicadeza, que muchas gentes no podrian comprender, dá continuamente, á las personas que piensan con nobleza, la apariencia de una cegue-

dad, ó de una credulidad que no tienen (1).

Habiendo sido recibida por la Duquesa madama de Montespan, sin enojo y sin desdén, se lisonjeó por todas partes de haber tenido con ella la explicacion mas satisfactoria. Se alabó con énfasis de su sensibilidad. Unos se burlaron del error de madama de la Valliere; otros encontraron en esta conducta la falsedad y cobardía. Se necesitan fórmulas magestuosas y un aparato mas imponente, para hacer admirar en la córte el perdon de las injurias: esta es una virtud heroica, que allí no se aplaude sino en las personas reales. Cuando no se le puede dar el gran nombre de clemencia, no parece sino una pretencion ridícula, ó una absoluta falta de carácter.

El Rey, prevenido por madama de Montespan, creyó que en efecto la Duquesa se habia enternecido al verla, y le pareció hallar en este manejo debilidad é inconsecuencia; y esta idea anonadó á sus ojos todo el mérito del sacrificio que acababa de obtener. La Duquesa se

(1) Cuasi todos estos detalles, relativos á la reconciliacion simulada de las dos rivales, son históricos.

sorprendió extraordinariamente de ver que madama de Montespan volvía á su casa todas las tardes, como siempre, á la hora en que el Rey solía ir con algunas personas de la sociedad íntima de madama de la Valliere. En vano ésta recibió á su rival con sequedad; madama de Montespan mostró no conocerla: constantemente sostuvo la conversacion; y nunca pareció mas brillante y mas amable. Mientras que ella divertía al Rey con sus gracias, su vivacidad, y la originalidad de sus agudezas; madama de la Valliere triste, pensativa, oprimida, padecía en silencio. Lejos de hallarse en estado de luchar con las gracias de su rival, no podía menos que experimentar el desaliento, cuando oía al Rey alabarla. Conociendo cuan caída estaba, y aun abatida, por la confianza y la insultante alegría de madama de Montespan, unía al tormento del zelo el resentimiento, que una conducta tan audáz debia inspirar, y todo el embarazo que podía causar un papel que era imposible de sostener cómodamente y con dignidad.

Después de haber usurpado á madama de la Valliere toda la ventaja de una situacion interesante, se entregó madama de Montespan, sin violencia á los movimientos impetuosos de un

carácter altanero, ambicioso y vengativo: calculó, que en su estado era mas ventajoso quizá hacerse temer, que procurar hacerse amar. Esta es la política de todos los malos corazones, para los que tiene grandes ventajas; contenta el orgullo, y todas las pasiones que dimanan del rencor, y ofrece medios seguros, pronto y fáciles. Madama de Montespan no pensó mas que en señalar su poder, por la desgracia de los amigos de madama de la Valliere: expuso al Rey, que estaba sumamente afligida, en lo interior de su alma, por la manera seca, y aun impolítica, con que madama de la Valliere la trataba: agregó, que despues de la sensibilidad que esta le habia manifestado en su primera entrevista, ella no podia estar contenta de una conducta tan inconsecuente, que atribuía á Benserade y el duque de Longueville, cuyos consejos ciegamente seguia la Duquesa. Esta artificiosa confidencia hizo la impresion que de ella esperaba madama de Montespan; pero el Rey, antes de explicarse, quiso examinar por sí mismo si sus sospechas eran fundadas. Sus observaciones particulares le hicieron bien luego conocer, que Benserade y el duque de Longueville, aborrecian á madama de

Montespan: por otra parte, supo algunos discursos imprudentes que habian proferido ambos. Entonces el Rey les retiró aquel favor de que hasta esta época habia dado pruebas; y madama de Montespan, queriendo probar que ella era la única causa de esta desgracia, se quejó de ellos á todo el mundo, y afectó tratarlos con la altanería mas imperiosa. Ella habia prometido á Lauzun emplear todo su valimiento para la consecucion de un asunto importante; mas él se compadeció de la fuga de la Duquesa, y el negocio se frustró en el momento mismo que se creía seguro del éxito (1). Esta conducta violenta inspiró á todos los cortesanos un respetuoso temor, que los redujo al silencio. Detestaban el caracter de madama de Montespan; mas no se permitian ni quejas, ni críticas, y muchos intrigaron para reconciliarse, ó aproximarse á una favorita que se habia hecho tan terrible. Madama de la Valliere mostró en esta ocasion el valor que la amistad dá siempre á una bella alma, y habló al Rey en favor de sus amigos. Luis se guardó muy bien de confesarle la verdadera causa de su desgracia; mas

(1) Histórico.  
Tom. II.

se quejó de la ligereza de sus discursos, y manifestó una firme decision de no concederles jamás sus antiguas bondades. „Ah, le dijo la Duquesa; ese sentimiento no es vuestro, os lo han „inspirado; pero ¡cuál debe ser el ascendiente „de la persona que puede alterar hasta tal punto vuestra equidad natural!” Este reproche animoso hizo tal impresion en Luis, que quedó un instante suspenso y mudo; luego tomando la palabra le dijo: „Solo vos, en el mundo, podeis „responderme así; veis, pues, que siempre tenéis sobre mi corazon el mismo ascendiente, y „estad segura que ninguna otra le obtendrá semejante.” Esta respuesta conmovió tan vivamente á la Duquesa, que le pareció una explicacion que la aseguraba de los sentimientos del Rey por madama de Montespan: no olvidó estas pocas palabras; continuamente se venian á su memoria, y mientras mas las comentaba, mas se persuadia que el Rey, como se habia ella lisonjeado, le conservaba en lo interior de su alma el mismo sentimiento, y que no pudiendo estimar á madama de Montespan, acabaría por romper con ella.

Sin embargo, Benserade que hacia algunos años empezaba á sentir la necesidad del repo-

so y de la libertad, enteramente se disgustó de la córte, cuando vió que habia perdido el favor del Rey: le profesaba una verdadera amistad, porque á este príncipe no se le amó medianamente. Habiendo hecho Benserade el año anterior la adquisicion de una casa de campo en Gentilly, resolvió retirarse á ella, y no volver mas á la corte. Ejecutó sin dilacion este designio; partió, y al llegar á casa tomó un formal empeño de no dejarla, haciendo grabar sobre la puerta de su gabinete estos cuatro versos,

*Adieu, fortune, honneurs; adieu, vous  
et les vôtres!*

*Je viens ici vous dublier.*

*Adieu tui même, amour! bien plus que  
tous les autres*

*Difficile à congédier (1).*

TRADUCCION.

A Dios, fortuna, honores,

Y mundanos placeres:

Con vuestros seguidores

Aquí vengo á olvidaros para siempre.

(1) Histórico.